

“La Oración que nos Enseña Como Orar”

Jesús ha trazado tres contrastes (Mat.6:2-3, 5-6, 7-8) cuando hemos llegado a Mateo 6:9-15. Estos versos representan el consejo positivo que nuestro Señor establece contra las oraciones mecánicas de los paganos. Los Fariseos, Él nos dice, oran hipócritamente, y los Gentiles oran sin sentido, pero el verdadero pueblo de Dios ora con una devoción sincera y de entregado corazón a Él y para Su propósito en el mundo.

Esta breve oración ha venido a ser tradicionalmente como “La Oración del Señor”. Pero no es la oración del Señor si queremos decir que esa designación sugiere que Él ofreció estas peticiones. Es obvio que el Cristo sin pecado no podría haberse unido a un llamado de “perdona nuestras deudas”. No es también la oración del Señor en el sentido que sea la única oración cuyas palabras tiene Su aprobación y por lo tanto, tiene una aceptabilidad especial. No hay evidencia en todo el Nuevo Testamento que ésta breve petición haya sido jamás usada como litúrgica. El apóstol Pablo llenó sus epístolas con oraciones, pero sus fervientes oraciones nunca fueron formadas de acuerdo al modelo del Señor, aunque fueron ciertamente muy influenciadas por su espíritu.

La oración que Jesús propone para los ciudadanos del reino está planeada para ser un ejemplo, un modelo de enseñanza. Oren “en esta *forma*” Él dijo. Los que convierten esta oración en un ritual, una liturgia, y juzgan su poder para declarar la correctividad de la formulación de las oraciones la han pervertido en la misma clase de un conjuro sin sentido, lo cual el Maestro tan vehemente aborreció. No existe ningún a magia en repetirla, sino hay poder en entenderla. Dentro de sus frases sencillas aprendemos sobre las cosas que debieran ser la carga de nuestras vidas como también nuestras oraciones.

Una obsesión con las cosas ocupó el pensamiento y oraciones de los Gentiles (Mat.6:25, 32) pero los hijos del reino deben buscar a Dios y a Su justicia. Este hecho es revelado en la sección individual del modelo de Jesús.

La oración es de esta manera dirigida a “**Padre nuestro que estás en los cielos**” (Mat.6:9), una expresión que se encuentra veinte veces en Mateo como un título para Dios. Jesús enfatiza grandemente a lo largo del sermón del monte ésta estrecha relación personal de Sus discípulos a un Dios personal (Mat.5:16, 45, 48; 6:1, 4, 6, 8, 9, 14, 15, 26, 32:711, 21). Los ciudadanos del reino son los hijos de Dios (Mat.5:45) y pueden dirigirse a Él en una forma que reclama la relación más estrecha y más personal de todas (Rom.8:15; Gal.4:6). La paternidad divina de la que Jesús habla no es una relación universal de la que todos los hombres tienen con él en la creación (Hech.17:28-29). Esta es una relación *elegida* por fe, una relación que se revela en sí misma en la forma marcada para aquellos que eligen imitar a su Padre (Mat.5:8, 44-45, 48) y cumplen su voluntad (Mat.7:21). Esto es como la oración inicia para el Cristiano –como un hijo que se dirige a su padre, con todos los derechos y privilegios que esa relación sugiere

(Mat.7:11). Solamente aquellos que han recibido el “evangelio del reino” son los privilegiados a decir “Padre nuestro que estás en los cielos”. Pero no hay nada exclusivo sobre esta familia. Todo el mundo está siendo invitado a ella (Mat.5:13-16) La elección es suya.

Las peticiones de la oración abren con Dios estando en el centro de la atención. “santificado sea tu nombre”. El “nombre” de Dios en este llamado se refiere, como en otros lugares en las Escrituras, no a una palabra en particular, sino a la naturaleza, al carácter y a la personalidad de Dios (observe el uso recíproco de persona y nombre en el Salmo 91:14 y Juan 1:12). Santificar el nombre de Dios significa simplemente mantenerlo a Él en reverencia –colocarle en ese alto y santo lugar donde Él pertenece como el Dios de toda la creación y el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por supuesto, Él es ya es Santo, y por ningún medio a nuestra pronunciación le hacemos más santo. La idea de esta petición es que los hombres en cualquier lugar debieran reconocer en sus propios corazones y vidas lo que es manifiestamente verdadero. Cada hijo de este Padre desea que todo corazón le llegue a conocer y a glorificar. De manera que nuestras oraciones deben comenzar, no con la preocupación sobre nosotros mismos, sino con la preocupación por el honor de nuestro Padre. La oración debiera comenzar con esta alabanza.

Este tema es continuado en la petición **“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”** (Mat.6:10) Creemos que esta doble petición es un caso de paralelismo –la misma cosa repetida pero con diferentes palabras. La palabra Griega para reino (*basileia*) lleva la idea en su raíz de soberanía y gobierno, y no únicamente sugiere por extensión los conceptos de territorio y súbditos. Este “reino” es el gobierno del cielo en la persona de Jesucristo y no viene a las naciones o territorios, sino a los individuos que reciben la voluntad de Dios en sus corazones. El reino de Dios estaba destinado a venir en el poder del Señor crucificado y resucitado (Mat.9:1; Rom.1:4), pero la idea de esta petición, como en la anterior, no es que ese poder sea dado a Cristo (lo cual es inevitable) sino que los hombres pudieran reconocer y someterse a ese poder voluntariamente. De manera, que la oración es extendida, pero el énfasis permanece igual –que el nombre de Dios sea exaltado, que los propósitos de Dios sean realizados, que la voluntad de Dios sea hecha entre los hombres. Nuestras oraciones necesitan estar llenas en una forma prominente con esta misma preocupación central y vital. Esto debiera ser de suma importancia en la mente de cada hijo de Dios. De otra manera, nuestras oraciones por otras necesidades estarán siempre fuera de propósito y fuera de lugar. Esta es una de la lecciones de la oración modelo.